

del destierro? Cuando menos, los más respetables entre los jefes militares no tuvieron, según parece, noticia de tan grandiosos propósitos. Las combinaciones del archiduque Alberto habían ejercido en el ánimo del emperador una impresión profunda y salieron á luz en los comienzos del conflicto; pero salieron como concepción mal estudiada, muy vasta para nuestros débiles recursos y destinada á perderse entre nuestros crecientes desengaños. En el emperador y en los consejos de los que le rodeaban hubo veleidades más bien que voluntades, bosquejos más bien que propósitos, intentos más bien que planes.

Aun antes de comenzar las hostilidades, la distribución de los ejércitos experimentó un cambio completo. El día 11 de julio, después de una conferencia con Napoleón, el ministro de la Guerra anunció al general Lebrun que todo el trabajo, ya muy adelantado, había de modificarse: el soberano, destruyendo su propio proyecto de 1868, había resuelto que hubiese, no tres ejércitos, sino uno solo y que éste se dividiese en ocho cuerpos, incluso la guardia. Y este ejército único, en el que habían de concentrarse todas las fuerzas de Francia, estaría mandado por el emperador, quien tendría como mayor general al mariscal Leboeuf. Este, á su vez, escogió como ayudantes-mayores generales al general Lebrun y al general Jarrás. Los hombres más previsores sintieron ya cierto temor: el emperador, envejecido, fatigado, enfermo, ¿era apto para mandar 300.000 hombres? Y el mariscal Leboeuf, oficial de artillería, ajeno hasta entonces al servicio del Estado mayor y no acostumbrado al manejo de las tropas, ¿era apto para aconsejar al soberano?

Tres grandes líneas de ferrocarriles penetraban en Lorena y en Alsacia: la de París á Estrasburgo con un ramal á Metz; la de París á Mulhouse que, remontando luego hacia el Norte, llegaba también á Estrasburgo, y por último la de París á Soissons, Reims, Charleville y Thionville. Además, otras dos líneas, la de Lila á Mezieres y la de Lyon á Mulhouse, conducirían á la frontera del Este los regimientos sacados del Norte y del Mediodía. El día 15 de julio, una orden del ministro de Obras públicas prescribió á la compañía del Este que pusiera todos sus transportes á la disposición del ministro de la Guerra; y otra orden análoga se transmitió á la compañía del Norte y á la de Lyon. Las compañías del Oeste y de Orleans debían contribuir á la obra común prestando material.

En la tarde del 16 de julio comenzaron los transportes. En París las tropas partieron unas de la estación del Este y otras de las de Pantin y La Villette, notándose ya entonces algunos síntomas de desorden ó de confusión. Una muchedumbre inmensa que empujaba á los soldados invadió los patios de las estaciones y penetró en los andenes. Varios regimientos llegaron mucho antes de la hora de partida, lo que les obligó á esperar largo rato dando lugar á que muchos soldados bebieran y aun á que algunos se embrigaran, y ocasionó también una escandalosa fraternización entre las gentes de los arrabales y las tropas. Sin embargo, la artillería, la guardia y un gran número de regimientos supieron abstraerse á estos contactos dando ejemplo de una irreprochable disciplina. Mientras en París los trenes se sucedían unos á otros, las ciudades de provincias

veían partir sus guarniciones. Las estadísticas han demostrado que desde el 16 hasta el 26 de julio la compañía del Este organizó 594 trenes y transportó á la frontera 196.000 hombres, 32.000 caballos, 3.162 camiones y carruajes y 995 vagones de municiones (1).

El segundo cuerpo fué el primero en llegar á su destino: componíase de tropas concentradas desde el 1.º de junio en el campo de Chalóns, y desde el 18 de julio sus tres divisiones comenzaron á distribuirse entre Saint-Avold, Bening y Forbach (2), es decir, á lo largo de la línea férrea de Metz á Sarrebruck. Aquel cuerpo, enviado muy cerca de la frontera como una especie de vanguardia, había de vigilar los movimientos del enemigo



El príncipe imperial Napoleón Eugenio Luis

y de señalar la aproximación de éste, viniendo á ser, según la frase del mariscal Leboeuf, *el ojo del ejército*. Mandábalo el general Frossard, que en un principio había sido puesto al frente de la dirección general de ingenieros, cargo más conforme con sus aptitudes; pero, habiéndole luego el emperador dado á escoger, había mostrado cierta preferencia por un mando activo, lo cual redundó en perjuicio suyo y de su país porque, siendo como era un ingeniero hábil más bien que un general experto, no había de responder á la confianza de su soberano y había de comprometer la fama que le conquistaran su saber y sus servicios.

Detrás del cuerpo de Frossard y algo hacia la izquierda, situóse el tercer cuerpo, cuyo punto de concentración fué primeramente Metz y después Boulay; estaba formado por cuatro divisiones sacadas principalmente de la guarnición de París y su jefe había de ser Bazaine, el cual llegó en 17 de julio á Metz, aunque descontento y presa de sorda irritación. En el primitivo plan se le había conferido el mando de uno de los tres grandes ejércitos; de aquí que la decisión que ponía á sus ór-

(1) Jaquin, director de la compañía del Este, *Les chemins de fer pendant la guerre de 1870*, págs. 113, 115, 120.

(2) Véase el mapa adjunto.

denes un solo cuerpo y le hacía, por ende, colega de simples generales de división, le pareciera vejatoria. En esta situación de ánimo, mezcla de enojo y de marrullería ó egoísmo, había de tender á no prodigarse, á reservar sus consejos, á eclipsarse, ora demostrando indiferencia, ora fingiendo respeto. En París, la oposición había de percatarse pronto de ello y, considerando al mariscal en desgracia, había de reputarlo incontinente como un genio.

Al mismo tiempo, por la línea recientemente abierta de Hirson á Mezieres llegaron otros regimientos procedentes de las plazas del Norte, que se agruparon á la izquierda del ejército, alrededor de Thionville. Estas tropas, distribuidas en tres divisiones, formaron el cuarto cuerpo, á las órdenes del general Ladmirault, militar enérgico, valiente, sensato, de consumada experiencia en el mando de la infantería, poco conocido en la corte, pero muy respetado en el ejército.

En segunda línea estaba la guardia, que del 21 al 25 de julio llegó á Nancy y desde allí fué enviada á Metz realizando la marcha por etapas; se componía de dos magníficas divisiones, una de granaderos y otra de cazadores, y estaba dotada de numerosa caballería; era fuerte, de excelente aspecto y su disciplina habría sido perfecta si no hubiese protestado ruidosamente con el gorro de pieles que se negaba á llevar. Tenía por jefe á Bourbaki, y nunca tropas más valientes tuvieron más digno caudillo; sin embargo, este general, con su temperamento fogoso é impetuoso, parecía más á propósito para un mando de vanguardia que para la dirección de unas tropas escogidas destinadas á funcionar como reserva, y en este sentido se expresaban con discreto disgusto cuantos le conocían.

Tales eran los cuerpos que comenzaban á ocupar la frontera de Lorena. Entre Lorena y Alsacia, y á modo de lazo de unión entre una y otra, extendiase en una línea larga, pero de poco fondo, el quinto cuerpo, distribuido entre Sarreguemines, Rohrbacher y Bitche (1). Para formar las tres divisiones de que se componía este cuerpo se habían sacado tropas de la guarnición de Lyon y algo al azar también de algunas otras plazas. Era su general en jefe el general de Failly, militar de capacidad mediocre aunque con muy buena hoja de servicios, que más adelante había de verse abandonado por amigos y enemigos.

En el entretanto se concentraban en Alsacia los zuaivos y los turcos, soberbios regimientos de elevado efectivo y aguerridos en las campañas argelinas, los cuales formaron el núcleo del primer cuerpo que se completó hasta cuatro divisiones con tropas tomadas de las guarniciones del interior. El mando interino de estas fuerzas fué confiado al general Ducrot mientras llegaba Mac-Mahón, quien, hallándose en Argelia, había recibido el aviso de que estaba destinado á mandar uno de los tres grandes ejércitos; y aunque las modificaciones posteriores le redujeron á un papel más modesto, soportó serenamente aquella disminución de categoría, pues era de los que no tienen más ambición que servir bien. El 23 de julio llegó á Estrasburgo, estableciendo allí su cuartel general.

Mientras las tropas de Mac-Mahón se situaban en la

(1) Véase el mapa intercalado en la página anterior.

Baja Alsacia, el séptimo cuerpo, destinado á formar tres divisiones y puesto bajo el mando del general Félix Douay, se concentraba penosamente en las inmediaciones de Belfort y de Colmar, con regimientos procedentes de los puntos más lejanos y que comparecían por fracciones: así llegaron en porciones sucesivas el 47.º y el 21.º de línea, que venían de Chambery y de Nancy, y el 37.º, el 99.º, el 5.º y el 89.º, que procedían de Niza, de Aix, de Tolón y de Briançon; y á fines de julio todavía se esperaba la división Dumont, que en parte estaba en Civitavecchia y que no había de llegar hasta primeros de agosto, y una brigada de caballería, que por razones de orden interior no había podido salir de Lyon y que quiso el destino que no llegara á juntarse con aquel cuerpo del que debía formar parte.

Esta era la distribución de nuestras fuerzas. Un poco más atrás se concentraban tres divisiones de caballería de reserva acantonadas en Luneville y Pont-a-Moussón. Si á estos elementos añadimos el sexto cuerpo que estaba en vías de formación en Chalóns y cuyo mando se había confiado al mariscal Canrobert, tendremos el cuadro del gran ejército que se denominó *el ejército del Rhin* en memoria de las antiguas guerras.

La singularidad de esta distribución no habrá escapado á la observación de nuestros lectores. El ejército del Rhin, en su primera formación, presentaba el aspecto de una larga línea de sesenta leguas, desde Thionville, en donde establecía sus vivasques Ladmirault, hasta Belfort, en donde Félix Douay reunía sus elementos incompletos. Un mediano conocimiento de las cosas militares habría bastado para mostrar el peligro de tan excesivo desarrollo: nuestras tropas, apostadas á lo largo de la frontera, aparentaban cerrar al enemigo la entrada de nuestro territorio, pero no hacían más que aparentarlo porque estaban demasiado espaciadas para apoyarse mutuamente y cualquier esfuerzo vigoroso de conjunto había de romper aquella frágil valla. Además, la misma línea no estaba tan sabiamente dispuesta que no ofreciera muchas deficiencias; así la Alta Alsacia, con los débiles cuerpos de Douay, hallábase casi al descubierto, y todavía habría sido mucho mayor el peligro, de no ser aquella parte de la frontera la menos amenazada. Situado en primera línea y expuesto á los primeros golpes, Mac-Mahón no tenía comunicación alguna con el séptimo cuerpo y con el quinto no se comunicaba sino á larga distancia. Las únicas fuerzas casi aglomeradas eran las que se extendían delante de Metz, desde Thionville hasta Forbach.

Sin embargo, esta delgadez de nuestra línea, estas soluciones de continuidad, en un principio apenas causaron alguna inquietud aun en los más previsores. Tal diseminación de fuerzas podía ser causa de una catástrofe si se esperaba pasivamente al enemigo; pero sin duda se evitaría la invasión haciéndose nuestro ejército invasor, en cual caso los cuerpos diseminados se juntarían rápidamente y, sin perder un día, penetrarían en territorio germánico.

Todas las apariencias anunciaban esta guerra ofensiva. Las impacencias de la diplomacia presagiaban una prontitud análoga en la acción militar, en la confianza de que con resoluciones repentinas y enérgicas tal vez se conseguiría la alianza de potencias que permanecían indecisas. Además, así las tradiciones de las antiguas

guerras como el temperamento nacional aconsejaban llevar la guerra fuera de las fronteras, conducta que había de tener sobre todo sus ventajas respecto del pueblo alemán que, por su propia naturaleza, se desconcierta en presencia de la audacia y es emprendedor contra los tímidos. Por inconsistentes y oscuros que fuesen los planes imperiales, lo que de ellos se comprende permite adivinar un propósito general, cual era el de anticiparse al enemigo; y nuestros adversarios, por su parte, esperaban verse atacados, como lo prueban las siguientes palabras que en 19 de julio escribía el rey Guillermo á la reina: «A cada momento debemos prever la ofensiva francesa.»

Pero, contra todo lo que el mundo creía, uno de los primeros cuidados del mando supremo fué diferir toda operación agresiva. El mismo apresuramiento que inspirara á los diplomáticos había dirigido las tropas hacia la frontera; y una vez en ésta se las obligaba á detenerse: no se renunciaba á la ofensiva, pero se aplazaba. El emperador la prohibía en absoluto á los jefes de cuerpo. ¿Qué significaba esta repentina prudencia después de tanta precipitación? Era preciso, decíase, esperar, antes de comenzar la campaña, á que «*el ejército estuviera constituido*.» ¡Constituido! ¡De modo que no lo estaba todavía á pesar de hallarse ya en las orillas del Sarre y de estar casi tocando á las márgenes del Rhin! Y aquí nos encontramos con la gran causa de confusión que pesó sobre toda aquella malhadada guerra.

II

Nuestro sistema militar actual y el de la mayoría de los ejércitos europeos implica, en tiempo de paz, la organización de cuerpos completamente equipados, con su infantería, su caballería, sus armas especiales, sus servicios administrativos y sus almacenes; de modo que si la guerra estalla, el reclutamiento regional permite una pronta concentración de las reservas, y una vez realizada la movilización, cada cuerpo, provisto de sus elementos esenciales, puede ser enviado sin tardanza al teatro de las operaciones.

Pero en la época que describimos nada semejante existía en nuestro país. Las tradiciones, las consideraciones políticas, las influencias locales, las conveniencias del acuartelamiento y los recursos en forrajes eran las razones que determinaban la situación de los cuerpos: no había reclutamiento regional, sino reclutas dispersos, como al azar, por todos los ámbitos del territorio; depósitos con frecuencia instalados muy lejos de las fuerzas activas, sin que pueda adivinarse el motivo por el cual unos y otras habían sido aislados; subdivisiones y divisiones militares ajustadas á las exigencias administrativas más bien que utilizables para el combate; un material bastante abundante, pero más bien rotulado al modo de una colección que dispuesto para el servicio de guerra. Un decreto de 6 de febrero de 1858 había constituido antiguamente seis grandes comandos, pero con ellos se había atendido más al orden interior ó á la satisfacción de fastuosas ambiciones que á la creación en cada región de un conjunto de fuerzas homogéneas y que se bastaran á sí mismas. Las únicas divisiones casi organizadas eran las del ejército de París, del ejército de Lyon y del campo de Chalóns, y

aun estas no estaban provistas de sus servicios accesorios. Al romperse las hostilidades sólo podían seguirse dos conductas: la primera consistía en aplazar las operaciones hasta que estuvieran terminados los preparativos, con riesgo de que el enemigo se nos anticipara; la segunda en llevar á la frontera, saliera lo que saliese, todos los elementos existentes y buscar la ventaja peligrosa, pero brillante, de una rápida ofensiva. Esta última conducta fué la que prevaleció en el primer momento; mas cuando se hubieron enviado á la frontera los regimientos, se vieron todas las deficiencias que antes no se habían observado ó tenido en cuenta. Entonces el gobierno se percató, algo tarde desgraciadamente, de que convenía contener á aquellos cuya partida se había precipitado; mas con ello no había de lograrse reconquistar las ventajas de la prudencia, y en cambio habían de perderse las probabilidades que á veces concede la fortuna á las temeridades.

Todo faltaba, y los hombres en primer término; y esto se veía en el preciso momento de acometer al enemigo. Los regimientos de infantería que llegaban á la frontera contaban por término medio, según los cálculos que parecían más exactos, 1.400 hombres. Una orden ministerial de 15 de julio había llamado al servicio activo á todos los militares disponibles que se hallaban en sus casas, es decir, los soldados de la reserva ó con licencia; estas fuerzas, que se estimaban en 163.000 hombres, serían distribuídas entre los cuerpos duplicando el efectivo de los mismos, y hecha la rebaja correspondiente, sea para Argelia, sea para las guarniciones del interior, darían un efectivo total de 350.000 hombres para el ejército del Rhin. Así, á lo menos, se esperaba; pero entonces se patentizaron los vicios de la movilización; vicios que, dada la transformación general, parecen hoy increíbles. Los reglamentos vigentes en aquella sazón disponían que los hombres llamados á las filas se reunieran en la capital de su departamento, desde donde habían de ser enviados al depósito de su cuerpo; mas como el reclutamiento no era regional, con frecuencia el depósito estaba muy lejos, y este largo viaje había de ser una primera causa de retardo. En el depósito, los hombres debían ser vestidos, equipados y armados, pero á veces los almacenes estaban mal provistos, con lo que se perdían algunos días más. Los depósitos, en muchos casos, estaban instalados á cien y á ciento cincuenta leguas de los batallones activos, los cuales, las más de las veces, habían partido ya para la frontera, originándose de aquí nuevas peregrinaciones para reunirse con la parte principal del cuerpo: se dió el caso, por ejemplo, de que reservistas de Dunkerque hubieron de ir á su depósito situado en Perpignan y desde allí á reunirse con su regimiento en Estrasburgo. Durante todas estas idas y venidas, los generales, los jefes de cuerpo, esperaban con impaciente ansiedad los complementos que habían de llenar sus cuadros; las estadísticas más fidedignas han demostrado que en 27 de julio, es decir, doce días después de la orden de movilización, el ejército del Rhin sólo contaba 200.000 hombres.

Casi tan deficiente como el número era la cohesión. Habíanse intentado laudables esfuerzos para agrupar en los mismos cuerpos de ejércitos las unidades distribuídas en las mismas guarniciones ó reunidas ya bajo